

# APACHITA 11

SEPTIEMBRE 2007

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Laboratorio de Arqueología - PUCE

Portada: Petra: El Teatro.

W. H. Bartlett, ca. 1850, *Forty days in the desert, on the track of the Israelites*. Arthur Hall, Londres.



APACHITA, N° 11, septiembre de 2007  
Ernesto Salazar, editor  
esalazar@puce.edu.ec

## Indice

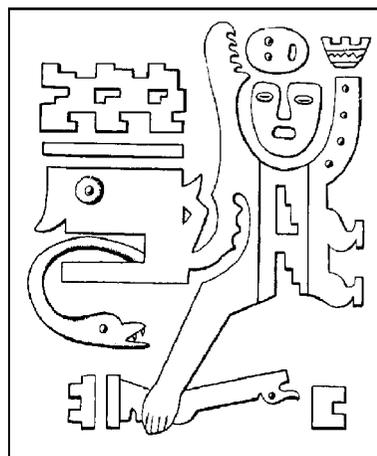
El Laboratorio de Arqueología <i>Editorial</i> .....	3
La población indígena del Cañar <i>Lynn Hirschkind</i> .....	3
Evolución del Qhapac-Ñan. ¿Fin de un callejón sin salida? <i>Gaetan Juillard</i> .....	6
La Florida, un sitio del Quito Pre-Inca <i>Juan López Escorza</i> .....	9
Perro sin pelos .....	10
7355 Km. en bus... Hacia los Andes Centrales <i>Ernesto Salazar</i> .....	11
Eventos .....	16
Noticias Frescas .....	16
La cultura manteña <i>Ernesto Salazar</i> .....	18
Circulando .....	22
Rectificación / Donación .....	23

## Editorial

### El Laboratorio de Arqueología

En general, los Congresos sirven para tomar el pulso de los avances científicos de una disciplina, y para establecer contactos entre colegas. Diversas circunstancias han determinado que los estudiantes de Arqueología de la Escuela de Antropología hayan tenido la oportunidad de asistir a varios eventos internacionales, como el III Congreso de Arqueología en Colombia (Popayán, 2004), el Simposio de Arqueología del II Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana (Quito, 2006), el IV Congreso de Arqueología de Colombia (Pereira 2006), y el Simposio "Perspectivas sobre la Arqueología de la Costa Sudamericana" (Lima 2007). Indudablemente, en estos eventos participan científicos de la más alta valía intelectual, muchos de los cuales han publicado trabajos leídos y asimilados por nuestros estudiantes en su carrera académica. Es fácil imaginar la emoción personal y el acrecentamiento de su autoestima, cuando el estudiante se encuentra de pronto en amigable diálogo con los ilustres colegas. El estudiante de Arqueología no escatima en los costos, que regularmente los cubre de su propio peculio, ni repara en las molestias ocasionadas por largos viajes en bus o por la alimentación de bajo precio que le permite sus limitados recursos. En casa, los estudiantes acceden regularmente a la literatura especializada en inglés que, afortunadamente, está a disposición en las bases de revistas adquiridas por la Biblioteca de la PUCE, y el Laboratorio está funcionando en espacio concedido por la Universidad. Por otro lado, el Laboratorio mantiene, desde hace más de un año, un sitio web de arqueología ecuatoriana, en asociación con el IRD de Francia, y sigue produciendo, con la periodicidad de dos nú-

meros por semestre, su Boletín de divulgación arqueológica, *Apachita*. A pesar del entusiasmo que ponemos en nuestra tarea, el Laboratorio adolece aún de falta de equipamiento. Por tal motivo, nos dirigimos a la comunidad universitaria para solicitarle que, en su donación del 25% del impuesto a la renta a la PUCE, consigne, en el formulario correspondiente, al Laboratorio de Arqueología como beneficiario de su contribución económica. Su ayuda constituirá un poderoso incentivo para nuestro trabajo.



### LA POBLACION INDÍGENA DEL CAÑAR

Lynn Hirschkind

¿De dónde son los indígenas del Cañar? Parece obvio que son de ahí mismo. Los mismos Cañaris lo afirman, el sentido común lo ratifica, y el consenso académico lo presume. Además, el discurso de "tiempos inmemoria-

les", "tradiciones milenarias", y "prácticas ancestrales" toma, sin cuestionar, la existencia de una población y una cultura cañaris asentadas en el austro ecuatoriano. Sin embargo, un diagnóstico etnohistórico sugiere otra composición demográfica para Cañar. En efecto, los ancestros de los indígenas de Cañar vinieron de muchas partes del ex-imperio inca, desde lo que ahora es Cochabamba (Bolivia) hasta Pasto (Colombia), y desde el este de los Andes. La cultura "cañari" actual, lógicamente, abraza las contribuciones de todos estos integrantes, además de la influencia poderosa de los españoles.

Quienes eran los habitantes de la sierra centro-sur del actual Ecuador, antes de que vinieran los Incas? La región del Azuay, Cañar, y franjas de Loja, El Oro y Chimborazo abarca cuatro cuencas hidrográficas principales, cada una con un amplio espectro de microclimas. Estas cuencas son la del Cañar, la del Tomebamba, la del Paute, y la del Jubones. La población pre-inca se organizaba en cacicazgos locales, más o menos congeniados adentro de su propia cuenca y más o menos iracundos hacia los de las cuencas vecinas. Hablaban el mismo idioma, compartían una cultura, tecnología y prácticas de subsistencia, y mantenían intensas redes de intercambio entre ellos. Pero cada cacicazgo funcionaba independientemente de los demás; no había una autoridad, una ley, o un poder político por encima del jefe local. Hay que concluir que no había una nación nativa en esta región antes de los Incas.

La llegada de los Incas fue el motivo para que estos cacicazgos se unieran, lo que, de hecho, produjo un grupo "cañari". Si los jefes nativos no querían someterse inmediatamente al ejército inca, tenían que aliarse para formar un frente común. Lo hicieron y lucharon contra la conquista y ocupación incas, sin éxito. Desde entonces hasta que se

acabó la conquista española, los Cañaris engañaron y traicionaron cuanto pudieron al proyecto imperial y colonizador de los Incas. Los Incas impulsieron las estructuras políticas, económicas e ideológicas que, a partir de las anárquicas comunidades locales, formaron un ente "cañar", al que incluso le pusieron nombre. Cuando los españoles derribaron a los Incas, sustituyeron al Inca por el Rey, y a los administradores y sub-jefes nativos por encomenderos y curas. Sin embargo, ratificaron las categorías étnicas de sus antecesores. En otras palabras, continuaron con las políticas que crearon y apoyaron la existencia de los "Cañaris" y así aseguraron la sobrevivencia de esta idea hasta el presente.

¿Quiénes son los "Cañaris"? Los cacicazgos, agrupados bajo la denominación "Cañar" por los Incas, se opusieron al dominio foráneo antes y después de ser conquistados. Los Incas manejaron hábilmente este tipo de problema con la política de *mitimás*, o el intercambio de poblaciones a larga distancia, con empleo garantizado. Entonces mandaron más o menos 50% de los Cañaris al exterior y asentaron comunidades de inmigrantes en su lugar. Muchos de los habitantes nuevos eran cuzqueños, quienes debían dar ejemplo de buenas costumbres, enseñar el idioma quechua y demostrar su cultura civilizada.

En el conflicto entre Atahualpa y Huascar, sobre la sucesión al cargo de Inca, los Cañaris dieron su apoyo al cuzqueño Huascar. Por desgracia, su candidato resultó perdedor y tuvieron que aguantar la ira y venganza de Atahualpa triunfante. Según la crónica de Pedro Cieza de León (1547), la masacre de Cañaris fue tan brutal que sobrevivió sólo un hombre por cada cinco mujeres. Todo esto pasó antes que Pizarro desembarcara en Tumbes. En resumen, hasta aquí, para 1533, la población indígena de Cañar era un mosaico étnico compuesto por los Incas, según sus

intereses. Y esta población estaba deformada y disminuida a causa de la guerra interna, aún en marcha cuando se asomaron los españoles. Tan pronto supieron del nuevo participante en el campo político-militar, tres jefes cañaris bajaron a Tumbes para ofrecerle su alianza, siempre con el afán de desterrar a los odiados Incas. En este plan, y por todos los años de conquista y las sucesivas insurrecciones y peleas entre españoles, los Cañaris anduvieron por todo el ex-imperio inca en calidad de guías, cargadores, soldados y brazos derechos, en general, de los españoles. No se sabe cuántos regresaron a Cañar.

En los primeros cien años de la llegada de los europeos, las epidemias de viruela, sarampión, influenza y otras enfermedades mataron al 90% de los indígenas americanos. Como efectos secundarios, las epidemias trajeron desilusión, descomposición y expulsión de las comunidades indígenas. A lo largo de la Colonia, Cañar sufrió repetidas olas epidémicas con la respectiva disminución y dispersión de sus habitantes. Por la misma razón, indígenas de otros lados llegaron en busca de refugio. Total, hasta el siglo XIX, la situación demográfica seguía alborotada.

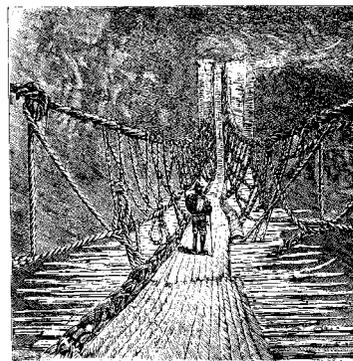
A pesar de las políticas establecidas, las reglas coloniales inducían en la práctica el movimiento migratorio entre los indígenas. En efecto, como “forastero”, un indígena podía evadir tributos, contribuciones, mitas, y otros servicios forzados que normalmente caían sobre los “originarios”. Como emigrante anónimo, un indígena podía cambiar de categoría, identidad, origen, y pasado para así ganar alguna ventaja social, fiscal, o legal. Esta lógica se revela en la correspondencia, los trámites, los procesos jurídicos y las medidas administrativas coloniales. Ahí se puede ver una preocupación masiva y frustrada por controlar o siquiera conocer la residencia, estado civil, ocupación, tributación, y estado moral

de los indígenas. Ninguna autoridad logró detener el movimiento de los indígenas, quienes buscaban salvarse, escapar de situaciones imposibles, o mejorar sus condiciones de cualquier manera.

El resultado acumulativo de estos procesos -la expulsión y circulación entre poblaciones indígenas, y específicamente de los “Cañaris”-, es un mestizaje tanto biológico como socio-cultural. Es más probable que el indígena cañari del presente tenga más ancestros del Perú que de Cañar. Una investigación de los orígenes étnicos de los apellidos indígenas en Cañar revela una mayoría quechua cuzqueña, seguida por Puruhuás, Panzaleos, Paltas, Chachapoyas, y nativos “cañaris”. Desafortunadamente, se sabe muy poco de los Cañaris pre-Incas, ya que ni los Incas ni los españoles tuvieron mucho empeño en conocer y mantener la cultura “cañari”. Por otro lado, los propios indígenas no estaban en condiciones de mantener y recrear su cultura.

La migración voluntaria o imprevista, las epidemias, los inmigrantes, y un montón de reglas, requisitos y obligaciones, promovieron la dispersión de los Cañaris, o de quienes habitaban las tierras de Cañar y Azuay hasta Loja y El Oro. La pérdida de su idioma, que para el siglo XVII ya no se oyó más, representa un hito terminal de la cultura autóctona. Sólo quedaron topónimos, antropónimos y algunos nombres de plantas y animales. El conjunto de inmigrantes indígenas, mestizos, y españoles forjó la nacionalidad cañari de hoy. La identidad étnica responde al presente y es totalmente moderna, aunque se vista de “tiempos inmemoriales”. Los Cañaris de hoy han creado un modo de vivir, a base de la riqueza cultural de sus contribuyentes. Desde 1470 hasta ahora, todos los desafíos e imposiciones religiosos, económicos, cosmológicos, epidemiológicos, biológicos, políti-

cos, etc. están involucrados en su autocreación [Resumen de: History of the Indian Population of Cañar, *Colonial Latin American Historical Review*, 1995, 4(3):311-342].



### EVOLUCION DEL QHAPAC-ÑAN ¿FIN DE UN CALLEJON SIN SALIDA?

Gaetan Juillard

Los caminos constituyen un sistema administrativo integrado, que une regiones intensamente pobladas con otras enteramente desérticas, zonas de producción con grandes centros de consumo (Jenkins 2001), permitiendo movilizar la población, los productos, la mano de obra, etc. al servicio del estado o comunidad. El estudio de las antiguas vías de comunicación es un rompecabezas para el arqueólogo. A la problemática tradicional sobre la función, el comercio, el control del espacio, la economía, la producción, etc., se asocian generalmente los sistemas de comunicación, y se añade la problemática, más específica, referente a la vía o camino en sí

mismo. Los temas relacionados, como la planificación, la construcción, etc. han sido poco estudiados, pero son esenciales para la comprensión arqueológica del sistema y para la arqueología de las técnicas de construcción. El estudio de la red vial permite también indagar cómo el hombre y la sociedad se han apropiado del espacio y “lo han controlado” para modelarlo a sus necesidades.

Entre las “nuevas problemáticas”, el fechado de la red sigue siendo una prioridad poco tomada en cuenta. A nivel mundial, el fechado de las redes de comunicación todavía es difícil. En primer lugar, es importante tener en cuenta que existen disparidades entre las redes prehistóricas -de las que no se cuenta con información escrita- y las redes de comunicación históricas. No se sabe gran cosa sobre la creación, la modificación o el abandono de las vías prehistóricas, aspectos que se conocen mejor por medio de los textos históricos (la red de vías romanas, por ejemplo). Así pues, John Hyslop (1991), en una de sus últimas publicaciones, consideraba que era imposible remontarse al origen de la red vial en la región andina. ¿Por qué razones? Porque las técnicas de construcción han evolucionado poco en el tiempo (es necesario esperar la introducción de los vehículos de ruedas para que las técnicas evolucionen) y porque la reconstrucción y la adaptación de la red son continuas, principalmente en las zonas de montaña. Un ángulo de enfoque innovador para el estudio de esta transformación perpetua de la red puede encontrarse en la puesta en evidencia de las secciones o elementos modificados, su organización relativa, y la relación de unos con otros.

Frente a la imagen de la infraestructura de la red de comunicaciones contemporáneas, se puede observar que el *Qhapaq Ñan* se organiza sobre distintos niveles, con sus caminos *comunales*, sus vías *departamentales* y

nacionales, y sus autopistas. En efecto, la red de carreteras de la época inca no es más que el fruto de la acumulación e incorporación de estas distintas capas formadas, al compás de los siglos, conforme a las necesidades de la población y de las distintas organizaciones políticas. En este contexto, los cronistas españoles presentan en sus textos solamente los itinerarios de las “grandes vías incas” panandinas, mencionando raramente las otras vías de comunicación pre-existentes. Con la ayuda de estos textos y de los trabajos y publicaciones recientes, es posible presentar a grandes rasgos las diferentes redes que dieron origen al *Qhapac Ñan*.

Luego de un análisis local en el piedemonte pacífico del Perú, Timothy Earle (1991) concluye que la red chimú de vías y las de la época inca se ordenan jerárquicamente. Al efecto, discrimina dos tipos de vías: los caminos *locales* que, durante el período chimú, permiten poner en relación las implantaciones humanas entre sí, a nivel de pueblos. En esta situación, cada una de las aldeas del pueblo estudiado está conectada a una aldea principal por medio de este tipo de caminos (a menudo un simple sendero), que parece existir desde tiempos pre-chimúes. El otro tipo es el camino *principal*, construido de manera formal, que cruza el conjunto de un valle, pasando por una u otra parte los pasos de montaña y los extensos espacios no poblados, con el fin de unir los valles con las poblaciones más cercanas y los centros administrativos chimúes.

Bajo la soberanía inca, las transformaciones aportadas a los trazados son mínúsculas. La red de caminos locales sigue siendo funcional, probablemente con el mismo uso que tuvo durante el período chimú. El camino *principal* formal construido sigue sirviendo a los otros valles. Los centros administrativos están siempre presentes, pero el esfuerzo se

consagra a las comunicaciones regionales. Según Earle, un nuevo camino pan-andino de factura formal inca, sería solamente una añadidura más expedita para la vía inicial, cruzando, esta vez, los valles de la manera más directa posible hasta los centros importantes del nuevo estado.

Por otra parte, las técnicas de construcción de las vías -mencionadas arriba- cambiaron poco en el tiempo. Es necesario esperar la conquista y luego el automóvil, para que las técnicas de construcción tradicionales se transformen con el fin de responder a las dificultades de los nuevos medios de transporte. El fechado de los caminos es en sí extremadamente complejo. Ahora bien, si no se puede datar un camino en sí mismo, es necesario asociarlo a otros elementos (sitios, artefactos, infraestructura vial, hidráulica y agrícola, etc.) para situarlo cronológicamente. Hyslop es, sin embargo, escéptico respecto a los resultados obtenidos por los métodos de fechado y seriación utilizados en la cronología de la alfarería o de la arquitectura cuando se aplican a la red vial andina. A lo sumo, algunos elementos arquitectónicos podrían ser datados (Hyslop 1991). ¿Por qué? En primer lugar, porque los ejes viales no se abandonan nunca completamente, y luego porque los caminos se utilizan por largos períodos, siendo frecuentemente mantenidos y remodelados por las comunidades locales. En efecto, es más simple mantener un camino existente, que abrir una nueva sección de vía. Considerando las múltiples reorganizaciones sufridas, el camino no puede ya considerarse como un conjunto homogéneo, sino más bien como una sucesión de reparaciones, consolidaciones y mejoras distintas. Como lo destaca muy bien John Hyslop (1991), el camino original es difícilmente identificable en estas condiciones.

una tipología de caminos es ante todo una tipología de los elementos constitutivos de los mismos, un conjunto de las asociaciones posibles entre los distintos elementos constitutivos que crearon el camino. Las asociaciones de estos elementos pueden ser, obviamente, obligadas por el medio ambiente o por las necesidades de las sociedades humanas.

Ante la inmensidad de la red andina, los análisis a pequeña escala en la construcción misma de la vía, ofrecen la posibilidad de incluir el proceso evolutivo del segmento estudiado por el análisis individual de los elementos constitutivos de una sección, así como el de sus relaciones entre ellos y con las otras secciones. La multiplicación de este tipo de análisis sobre distancias cada vez más importantes, permitirá incluir -al final- el conjunto del *Qhapac Ñan*.

En fin, la red de vías es un testigo privilegiado tanto de la evolución de las sociedades humanas, como de los lugares que están asociados a ella. Remontarse al origen de la red es un deseo condenado al fracaso, inalcanzable. Pero al incluir la evolución de esta red que conecta a las implantaciones humanas, no es la historia de la red la que se nos revela, sino las relaciones entre las civilizaciones, los hombres y el medio circundante.

---

*Se aceptan pequeños artículos de difusión y comentarios de estudiantes, profesores y colegas arqueólogos*

**Visite nuestro sitio web de arqueología ecuatoriana <arqueo-ecuadoriana.ec>**

Se vuelve entonces necesario ver al camino no como una construcción única, sino como el resultado de “construcciones” sucesivas. Esta sucesión, si puede ponerse de relieve, ofrece una cronología relativa con potencial para datar las fases sucesivas de reorganización. Vestigios arqueológicos y otros elementos fechables de manera absoluta (cerámica, carbón, tejidos, hueso, coprolitos...), eventualmente olvidados durante la construcción del camino o depositados al momento de su utilización, permiten obtener -en algunos casos- fechas absolutas que ubicarían, con más o menos precisión, la cronología de (re)construcción y/o (re)utilización del segmento en cuestión. Al forzar este razonamiento, es posible definir, por correlación estratigráfica, los distintos tramos de la vía.

La propuesta metodológica de fechado de la red andina de caminos es una alternativa a ese sentimiento de impotencia de que, arqueológicamente, es imposible datar el origen de un camino. Una vez acabada la conquista, y sólo con los datos escritos que brinda la etnohistoria, se puede tener las fechas de creación, reparación y/o modificación de los caminos y carreteras. Si el origen de las vías de comunicación no puede ser definido con claridad, el arqueólogo puede, en cambio, elaborar un “estado de la cuestión” de la red. Con el apoyo de las otras disciplinas vinculadas, es posible poner de relieve las múltiples reorganizaciones sufridas por los caminos.

Se puede, sin embargo, considerar los segmentos de las vías como “sitios”, y las secciones como “estructuras”, porque la red, al ser privada de cronología, pierde su aspecto informal. Por tanto, se debe recalcar que el análisis individual de cada sección aporta un análisis formal y tipológico extremadamente fino, que aporta además con información respecto a la inversión laboral y política efectuada por los diseñadores. En otras palabras,

## LA FLORIDA, UN SITIO DEL QUITO PRE-INCA

Juan López Escorza

En medio del incontenible avance del urbanismo del norte de la ciudad de Quito, los arqueólogos han logrado sustraer momentáneamente un pequeño terreno para investigar el pasado precolombino de este sector. Se trata del sitio arqueológico de La Florida, nombre por el cual se le conoce actualmente, en alusión al barrio del mismo nombre.

Visto desde este sector, el paisaje permite vislumbrar lo que antiguamente fue un gran valle, al interior del cual se sabe que existió una antigua laguna, en terrenos actualmente ocupados por el aeropuerto. Las primeras evidencias arqueológicas, en torno a la localización del sitio, fueron analizadas en 1909 por Jijón y Caamaño, quien reportó el hallazgo de ollas tripodes y globulares, pero sobre todo grandes tinajas o cántaros altos con pintura negativa. Jijón utilizó el nombre de Chaupicruz para referirse a la cultura que ocupó esta área. Habríamos de esperar muchos años, más de medio siglo, para que el sitio fuera estudiado nuevamente por Doyon (1989), cuya excavación comprendió 6 tumbas de pozo profundo, la mayoría con cámara central y entierros múltiples, datadas entre 340 y 420 A.C.

Las investigaciones actuales (2004), a cargo de María Molestina, revelan una importante evolución en las costumbres funerarias de los antiguos habitantes de La Florida. Entre las varias tumbas encontradas, se destaca la sepultura I, en la cual, a 16.5 m. de profundidad, se halló un importante ajuar funerario conformado por vasijas decoradas, grandes tinajas, pectorales y dos importantes sacos de *Spondylus princeps*, cubriendo los cuerpos de

un hombre y una mujer, en la cámara central de la sepultura. Evidentemente, el hallazgo de *Spondylus* revela un comercio intenso con la costa, aunque cabe añadir que la forma en que la concha fue encontrada (en forma de sacos de mullos) nos sugiere que llegó al sitio ya elaborada. En efecto, sólo en la costa existieron personas especializadas en la elaboración de los mullos, con materia prima fácilmente disponible, con talleres y herramientas adecuadas, y tecnologías que difícilmente pudieron haberse desarrollado en la Sierra.

Sabemos ahora que el yacimiento constituye una necrópolis; por lo tanto, fue escenario de una actividad ceremonial muy importante. El hallazgo, al interior de la sepultura (Molestina 2004), de material carbonizado, junto a cada uno de los 16 cuerpos, sugiere claramente que el fuego fue utilizado como un elemento de alto valor simbólico y ritual (Molestina 2006). Esta situación nos plantea algunas interrogantes: ¿desde cuando los habitantes del Quito pre-inca atribuyeron al fuego algún simbolismo particular? ¿Fue este poder simbólico parte de una tradición oral transmitida por otros pueblos, o surgió aquí mismo como parte de una cosmovisión shamánica? Recordemos que el uso simbólico del fuego dio origen, en muchas culturas, a importantes sistemas de creencias. Quizás en el Quito pre-inca su uso ritual nos sugiere la existencia de una cosmovisión casi institucionalizada. ¿Existió entonces una importante casta de sacerdotes que enseñaba el culto y tenía a su vez un poder político? Al interior de la sepultura, se encontraron también restos de hoja de coca que no sólo evidencian el comercio, sino que fueron utilizadas por los sacerdotes para los rituales de enterramiento, ya como ofrendas, ya como elementos de consumo durante el ritual.

La cerámica de pintura negativa encontrada en las sepulturas es de carácter antropomorfo, con similitudes estilísticas con la cerámica de la cultura Pasto. Por otro lado, los platos hallados en la sepultura I estaban ordenados espacialmente según el tamaño, uno sobre otro, desde el más grande al más pequeño, y atendiendo a la variación iconográfica (Molestina 2006). Este rasgo de distribución espacial es significativo porque sugiere un lenguaje abstracto, que merece mayor análisis.

En la investigación del sitio, y sobre todo en el análisis de la sepultura I, apuntamos al aporte de un enfoque interdisciplinario. Por ejemplo, el de la antropología forense aplicada a la reconstrucción de un par de cráneos de la sepultura I que nos puede dar una perspectiva fenotípica de los antiguos habitantes de Quito. Los hallazgos de materia orgánica del interior de las tinajas de la sepultura también fueron analizados, pudiéndose anotar la presencia de sedimentos provenientes de la antigua laguna.

¿Cuál es la antigüedad de los habitantes del Quito pre-inca? La Florida nos proporciona evidencia de varios períodos de ocupación, con una cronología que viene desde el 2.000 A.C. hasta la ocupación inca en el 1.470 D.C. aproximadamente. Esto quiere decir que cronológicamente aparece un período Formativo, de suma importancia para postular nuevas hipótesis sobre los primeros habitantes del valle de Quito. La cronología es muy amplia, aunque por el momento la mayor parte de información que nos está llegando corresponde al final del Formativo y al período de Desarrollo Regional, al que pertenece la sepultura I.

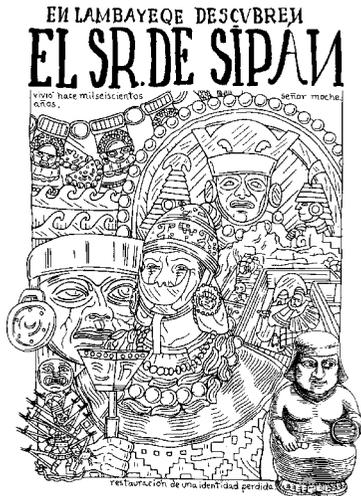
Para concluir, me gustaría referirme a un aspecto complementario: la difusión de la

información, que juega un papel importantísimo para el conocimiento y concientización del pasado precolombino de Quito. Recuerdo que cuando tuve la oportunidad de facilitar al público explicaciones sobre la exposición de La Florida que se realizó en el Centro Cultural Itchimbia (2006), una de las preguntas más comunes del público era: “¿Así eran los incas?” Esta pregunta me desconcertaba, en la medida que mostraba una población que no tenía idea espacial, ni temporal ni cultural de nuestro pasado. Fue una tarea fuerte el dar a conocer al público y hacerle entender que se trataba de los habitantes del Quito pre-inca. Es una cosa tratar con la comunidad científica y muy otra difundir la información al público. Pero es una actividad necesaria para obtener su apoyo y desmitificar muchas interpretaciones sueltas sobre la historia antigua de nuestro país.

---

### Perro sin pelos

El perro sin pelo del Perú es una raza milenaria a menudo representada en la cerámica precolombina, particularmente en las culturas Chancay y Chimú. Las crónicas señalan que esta raza era utilizada para curar enfermedades crónicas e inflamatorias, para lo cual el animal era sacrificado para beber su sangre o para usar sus entrañas como cataplasma para fracturas. Ahora este perrito ha entrado en el jet set de las exposiciones caninas, para lo cual el Kennel Club reconoce tres tallas de pedigree. Me parece que este animal debe ser sólo perro de arqueólogo, pero como el mundo es de todos, el lector que desee adquirirlo, o simplemente conocerle más puede dirigirse a <perrosperuanos@hotmail.com>



**7355 KM. EN BUS...  
HACIA LOS ANDES CENTRALES**

**Ernesto Salazar**

Cuando en diciembre pasado, “solté” la idea de un viaje a Perú, los estudiantes la acogieron con cierto entusiasmo, sin que llegáramos a concretar nada. Pero cuando Alexander Martín, Profesor de nuestra Escuela, nos invitó formalmente al encuentro arqueológico de Lima, el asunto cobró ya forma porque simplemente podíamos matar dos pájaros de un tiro: el compromiso académico y el viaje de lo que “buenamente podamos ver”. Estanislao se encargó de trazarnos una ruta “cultural”, averiguar precios y darnos el estimado de un presupuesto económico. El viaje sería de Quito a La Paz, por la costa peruana, entrando a la sierra de Cuzco y luego al Titicaca y la capital boliviana. Todo en bus, viajando

de noche para no pagar hotel, comiendo almuerzos en restaurantes baratos, y durmiendo en hostales “decentes”, en la medida de nuestro bolsillo. Diez personas nos habíamos anotado para el periplo de los Andes.

Hay cosas que no hacemos los arqueólogos; por ejemplo viajar sin el Andrés Chiriboga. Así que le hablamos del asunto, y el hombre estuvo a la altura de las circunstancias, o mas bien más allá de ellas, porque compró un boleto de avión a Lima y se adelantó un par de días para tenemos listo un alojamiento. El resto abordamos el bus, el 30 de julio, en Quito y nos dirigimos a Huaquillas. En la madrugada, cruzábamos ya las verdes plantaciones de banano de la provincia de El Oro.

Huaquillas es una ciudad completamente desordenada, pero nos abrimos paso para realizar los trámites aduaneros para la salida de Ecuador y la entrada al Perú, tomando luego un bus que nos llevó a Tumbes e inmediatamente otro que nos dejó en Chiclayo. Dormimos aquí y al día siguiente hicimos una escapada arqueológica a Sipán. De lejos, se ven solamente unas lomas desgastadas por el viento y los siglos. Pero cuando uno se acerca puede detectar en los intersticios de las faldas los miles y miles de adobes que conforman la construcción de estos montículos artificiales. Arqueólogos peruanos están trabajando por todos lados, y un equipo se dedica a la excavación de un personaje importante (acaso el jefe de la milicia) en el mismo lugar donde fue encontrado el famoso Señor de Sipán. Luego, la visita al museo de sitio, modesto, pero con hermosas reproducciones a color de la vida de los mochicas en Sipán. Fotos de rigor junto a la tumba general, a las excavaciones secundarias, a los adobes inviduales rescatados del lugar. Y claro, primer encuentro con la cocina peruana: anticuchos, cebiches, choclos (de granos gigantes que ja-

más he visto en mi vida). Y van apareciendo las idiosincracias de los viajeros, como la del Ernesto, que se empeña en pedir en los restaurantes Coca Cola bien helada en botella de... vidrio!

Y en esa misma tarde, bus para Lima (12 horas al menos). La carretera va junto al mar por un paisaje que se vuelve agreste y desértico, justo cuando se deja la provincia de El Oro. Primero hay manchas de arbustos de faiques o guarangos, pero poco a poco la vegetación va cediendo a verdaderos desiertos donde no hay nada. O mas bien dicho sólo pueblos miserables con chozas de carrizos, en medio de arenales inmensos, sin que el viajero pueda figurarse de qué se alimentan los habitantes. La respuesta aparece, de tiempo en tiempo, con la presencia de campos de arroz, aún en período de barbecho, y de numerosas salinas. Hay pocas playas en la costa norte, y el paisaje más frecuente es de farallones hundiéndose directamente en el océano.

Llegamos a Lima, a mediodía. Búsqueda afanosa del Chiriboga que no asoma. Al fin, por teléfono, nos avisa que vayamos al hostel “Aquisito”, donde nos atiende Malisa, una dama muy educada y servicial. En la tarde, el Ernesto fue a comprar libros viejos (obviamente) y los demás a pasearse por la ciudad. Es la época de invierno y hace un frío húmedo en Lima. Al día siguiente, comenzó el simposio en el Museo de la Nación, y como no había personal para las inscripciones, nuestras chicas se apoderaron de la mesa de la entrada para atender en la repartición de credenciales, y de una vez, de “Apachitas”, e invitaciones a visitar nuestro sitio web. Interesante el simposio, con nuevas ideas para la arqueología de hoy, propuestas por investigadores de las universidades de Pittsburgh, la Nacional de San Marcos, y la Católica de Lima, con moderadores ilustrados como Izumi Zhimada, Krzysztof Makowski, y nuestro

Florencio Delgado. El Museo Nacional, bien presentado: artefactos, maquetas, representaciones gráficas, a menudo en espacios grandes, no llenados suficientemente.

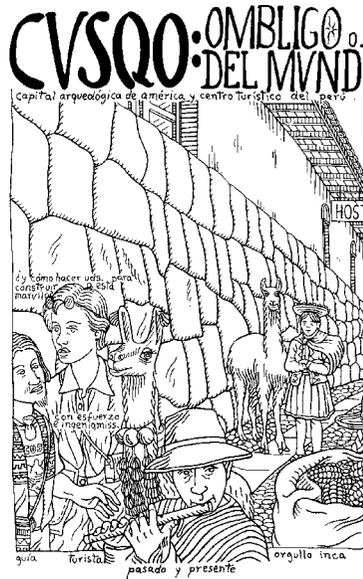
Esparcimiento social casi nulo, excepto un almuerzo conjunto de los asistentes en Pachacamac, con pachamanca (enorme plato con carnes diversas, papas y camotes grandotes), anticucho (corazón de buey asado), y cebiche de pescado (ojo con este plato peruano, tiene varios “niveles”, de los cuales el “basal” está lleno de ají rocoto). Ah, también una velada en casa del arqueólogo Enrique López Hurtado, donde bailaron todos, inclusive el Ernesto Salazar. El último día de simposio se realizó en el complejo de Pachacámac, enorme monumento prehispánico de compleja arquitectura de adobe, centro ritual y político desde el Horizonte Medio (600-1000 AD) hasta la llegada de los incas, que construyeron un templo del sol en su cima. Lo visitamos todos con la amena e instructiva guía de Marcelo Sacco, director del museo de sitio. Todo el paisaje de Pachacámac es desértico, pero sólo hay que subir a una loma cercana para ver a sus pies el verde valle de Lurín. Se acaba el Congreso: besos, abrazos, promesas... y nuestro grupo de nuevo al bus para el larguísimo viaje al Cuzco (1131 Km.).

*Breathtaking...* como dicen los gringos, así es la antigua capital imperial. A la entrada, una enorme estatua de Pahachuti Inca con un brazo extendido sobre la ciudad. Las casas, invariablemente de techo de teja, trepan las faldas de los cerros, mimetizándose con el entorno. Apenas una franja de fachada blanca, entre techo y techo, traiciona el color del paisaje, revelando las casas construidas, una tras otra, ladera arriba. En el centro histórico, toda las calles tienen casas con basamentos incas de piedra almohadillada. Hay ciertos ritos inoludibles, como visitar los museos de pintura de la escuela “cuzqueña”, o acudir a

la calle donde está la piedra de 12 ángulos. Aquí, un cholo peruano, vestido de inca y con lanza, posa ceremonioso y grave junto a la piedra, para la foto con algún turista, a cambio de una propina. El recuerdo más solemne y más duradero será sin duda la visita al *Corricancha*, el templo máximo del Tawantinsuyu, ombligo y *axis mundi*, sobre el que se levanta ahora el templo de Santo Domingo, en inconfundible signo de destrucción de la religión idólatra. Todavía quedan varias estructuras originales, con muros de la mejor piedra labrada que se pueda ver en el imperio. En el centro del patio del convento, hay una pila grande de piedra, hoy sin agua, que marca el punto central de donde partían los caminos a los cuatro suyos. Todos con recogimiento y hablando en voz baja, recorremos este lugar “turístico”, otrora de sacralidad extraordinaria. Andrés y David depositan ofrendas en el lugar mas sagrado del Tawantinsuyu.

Alrededor del Cuzco, hay numerosos sitios arqueológicos, que se visitan en tours guiados, o yendo en bus como cualquier hijo de vecina, que es lo que finalmente hicimos. Se comienza en *Sacsahuaman*, el mayor complejo religioso-militar del imperio, con tres murallas en zig-zag, enormes monolitos encajados perfectamente unos con otros, y coronado por una especie de torre llamada *Muyumarca*. A un lado, queda la enorme plaza, y al frente la colina de *Rodadero*, donde está esculpido el trono del inca. Luego, en viaje de dos días, recorrimos sucesivamente *Q'enqo*, un adoratorio semioculto en un pasadizo, que atraviesa un afloramiento rocoso con gradas esculpidas en la superficie; *Tambomachay*, una construcción inca en torno a un manantial; *Pukapukara*, pequeño centro de control de tráfico. En medio viaje, tenemos que atravesar el *valle sagrado del Urubamba*, ahora “invadido”, al decir de los informantes locales, por inversionistas chilenos que se han apoderado de los mejores terrenos para insta-

lar establecimientos de recreación y comida. Cuentan que un restaurante izó recientemente una bandera chilena, acto de lesa peruanidad que casi causa otro conflicto. En el mirador de la carretera que mira al valle, vendedoras locales ofrecen al turista una larga franja de plástico con compartimentos sellados, en cuyo interior se ven muestras de los granos que se cultivan en Urubamba, con su respectivo nombre vernáculo.



*Pisac* es un conjunto de terrazas con estructuras habitacionales construidas en lo alto de la montaña, aprovechando, como paredes, gradas o pisos, los afloramientos rocosos de la cumbre. Digno de notarse es el intihuatana, tallado en roca viva, que revela el carácter religioso de este lugar. *Tipón*, en cambio, pare-

ce haber servido de campo experimental de los agrónomos incas. Atravesado de manantiales, y cerca del *capac-ñan* y otras estructuras, *Tipón* es un sitio imponente, con terrazas tan grandes como un campo de fútbol, o casi (de hecho, la tarde de nuestra visita un grupo de trabajadores locales jugaba animadamente un partido de fútbol en una de las terrazas incas). El actual pueblo de *Tipón* no tiene nada de especial, excepto que es un lugar de preparación de cuyes. Sin embargo, a los animalitos se les veía pequeñones, así que decidimos intentar otro plato: el *chicharrón*, muy parecido a nuestra fritada. Media hora, una hora, una hora y media, dos horas, y el *chicharrón* no pasaba a la mesa, ni había señales de que, al menos, estuvieran matando al puerco. Ante nuestro reclamo, la campesina dueña del lugar tomó su celular y llamó al pueblo próximo para insistir en el envío, que llegó en taxi a nuestra mesa. Todo el grupo hablaba en *Tipón* de los “amores” de la Anita Belen, no sé si por el paisaje deslumbrante, o por algún sagitario que pasó por su lado. Aquí la toma de fotos tiene una variante lingüística, según nuestro guía. Para la sonrisa congelada no se dice: *whiis-ky*, sino: *chii-cha*.

La siguiente parada fue en *Ollantaytambo*, un pueblo inca que se encontraba en construcción al momento de la conquista. Tiene una plaza central (*Maniaraki*), que separa el sector religioso (de magnífica arquitectura y enormes bloques pulidos), del sector residencial ubicado en el actual pueblo homónimo. *Pikillacta* es un sitio huari, de cronología preinca. El imperio huari pertenece también al Horizonte medio y es considerado el antecedente cultural directo del imperio inca. *Pikillacta* está rodeado de una alta muralla, en cuyo interior hay gran número de manzanas rectangulares que albergan casas y recintos de almacenamiento (*colcas*), a veces de 2 y 3 pisos, separados por una plaza central. Calles interiores dividen el complejo urbano y sir-

ven de comunicación entre las manzanas. No muy lejos un acueducto huari, reutilizado por los incas, llevaba agua para el Cuzco.

En suma, días de ajeteo en pos de conocer las ruinas. El grupo entra y sale a la carrera de la furgoneta que nos hace el recorrido. Nadie dice estoy cansado; nadie dice estoy con hambre. Y cuando el David le reclama al chofer por más tiempo para recorrer los sitios, me doy cuenta que debo estar orgulloso de estos muchachos y muchachas que, al fin, llevan ya la profesión en la sangre. Realmente sólo lamentamos una cosa: nos perdimos la joya de la corona. No pudimos visitar *Machu Picchu*: temporada alta, paquetes turísticos prohibitivos para nuestro bolsillo, turnos copados por varios días.

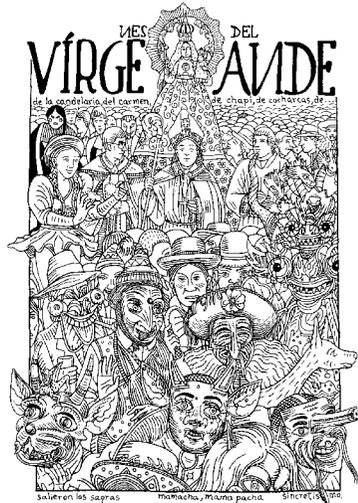
“Y no obstante toda mi sed de ternura, cerrando los ojos la dejé pasar”, dijo el poeta. Así que nos resignamos. Las chicas y el Chiriboga regresaron a Lima y a Ecuador. Y los restantes, todos hombres, tomamos el bus para el largo viaje a La Paz (544 Km.). No vimos nada en el trayecto porque estaba oscuro, pero temprano en la mañana pudimos disfrutar un largo recorrido a orillas del lago Titicaca, pacarina de origen de los incas (entre 5100 y 8.500 Km<sup>2</sup>. de superficie, según diversas fuentes, y alimentado por 25 ríos). Luego de cruzar la frontera con Bolivia, llena de peregrinos, llegamos a Copacabana, que estaba de fiesta por el día de la Virgen de la Candelaria. La imagen, tallada en Potosí por Francisco Tito Yupanqui, indio inca de sangre real, fue llevada en 1583 a esta ciudad, en un humilde bote de totora. Hay misa y bendición de automóviles, y nosotros hacemos un paseo corto en bote a remo por el Titicaca. Pasamos por la pequeña sede de la Marina de Bolivia, hoy confinada solamente al lago, hasta que los dioses o acaso Don Evo Morales recuperen la “salida soberana” al mar para este bello país. Luego visitamos El Sapo, un

promontorio rocoso, a orillas del lago, donde los devotos estrellan botellas de licor contra la roca. Finalmente, una trucha del Titicaca consumida en la playa, y carrera a un hotel donde alquilamos un cuarto para guardar momentáneamente las mochilas, y tomar, por enésima vez, el bus que nos llevaría a la capital boliviana.

La Paz se encuentra en una depresión de 400 m. de profundidad. A principios del siglo XX, no se la veía, sino cuando se llegaba a los bordes de la hondonada, pero ahora la ciudad ha crecido hacia arriba, “regándose” sobre el altiplano, en una zona urbana conocida como El Alto. El caótico tránsito y la indolencia de los transeúntes se refleja con humor en la foto de un periódico local: un disciplinado pastor alemán cruza solo por el puente elevado, mientras por debajo los transeúntes tolean con los carros para cruzar la avenida. Nos alojamos en el hotel Gloria, en un barrio con actividad comercial muy parecida a la de nuestra plaza Ipiales “pre-Moncayo”. De hecho, en la misma esquina del hotel se encontraba el mercado de los brujos con su impresionante parafernalia: pieles, ofrendas para rituales andinos, conchas, altares, flores, fetos de llama, piedras bezares. En las esquinas, es frecuente ver indígenas aymaras vendiendo la más abigarrada variedad de “cosas” secas: papas y duraznos deshidratados, maní y canguil de gran tamaño (canchitas), porotos y arvejas blancas, que se comen como nuestras habitas tostadas.

La última visita fue a Tihuanaco, magnífica ciudad ceremonial cuya expansión tuvo lugar en el Horizonte medio. Recién las excavaciones actuales están poniendo a luz nuevos templos hundidos y nuevas estructuras en los conocidos montículos ceremoniales de Pumapunku, Acapana, y Kalasasaya, todo ello en medio de un paisaje de terrazas agrícolas. El trabajo de la piedra, inigualable, y

con una característica desconocida en los Andes Centrales: el uso de grapas de bronce para mantener juntas las piedras de los muros. El museo no está a la altura de lo que se ve alrededor, y los guías han adoptado un discurso new-age sobre la trascendencia de la cruz andina, machacado sin piedad en el cerebro del pobre turista. Fotos de rigor, sobre todo en la Puerta del Sol; compra de réplicas tihuanacotas; y un almuerzo acorde con la altura del lugar: un plato pazeño que viene con carne de llama.



Al fin, llegó la hora del regreso en bus, que lo hicimos como “perseguidos”, o sea de “una sola”, desde La Paz hasta Quito, con sólo tres horas de parada en Lima para retirar unos libros viejos encargados, y comprar xeroxcopias baratas de libros que, en gran abundancia de títulos, ofrece la Universidad de San Marcos. Lo de perseguidos resultó cierto,

ya que nos adelantamos en pocas horas al terremoto que asoló a nuestros hermanos peruanos. Con la bendición de los apus de los Andes Centrales, regresamos sanos y salvos, el 17 de agosto.

Cierro mi libreta de notas y el archivo fotográfico, sintiéndome aún en el bus-cama, mirando la película peruana *Juanito, el huérfano*, o jugando con el agua de los manantiales de Tipón, recorriendo los imponentes muros de Ollantaytambo, o andando por el Kalasasaya, con la leve brisa que soplabla en el luminoso altiplano.

[Las ilustraciones de este artículo son de Miguel Vidal, tomadas de *Nueva Crónica del Perú, siglo XX*, de Pablo Macera y Santiago Forns, 2000, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima].

## EVENTOS

Del 3 al 5 de Agosto de 2007, en el Museo Nacional, Lima, y el Museo de sitio de Pachacamac, Perú, tuvo lugar el simposio *Perspectivas sobre la Arqueología de la Costa Sudamericana*, coordinado por Robin Cutright y Alexander Martin (Profesor de la Escuela de Antropología, PUCE). Una importante delegación del Área de Arqueología de la PUCE, integrada por Ernesto Salazar, Christian Brito, Andrés Chiriboga, Byron Ortiz, Dayuma Guayasamin, Catherine Lara, Estanislao Pazmiño, David Verdesoto, Dolores Urrutia, y Ana Belén Zambrano, asistió a dicho evento, y de paso realizó un recorrido arqueológico por la zona del Cuzco y Tihuanaco.

Está circulando la primera convocatoria del *53º Congreso Internacional de Americanistas*, que tendrá lugar en la ciudad de Méxi-

co, del 19 al 24 de Julio de 2009. El tema del Congreso gira en torno a las diferentes tradiciones culturales, sociales y políticas, como también a las innovaciones tecnológicas que atañen a los pueblos de origen amerindio. El plazo para las propuestas de simposios y ponencias expira el 31 de marzo de 2008.

<[ica53.secretariageneral@gmail.com](mailto:ica53.secretariageneral@gmail.com)>

<[ica53.secretariageneral@yahoo.com.mx](mailto:ica53.secretariageneral@yahoo.com.mx)>

El *Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional -IPHAN*, Brasil, está organizando el *I Seminário Internacional de Gestão do Patrimônio Arqueológico Pan-Amazônico*, que se realizará en Manaus, del 05 al 09 de noviembre de 2007. El Seminario, que se realizará en conmemoración de los 70 años de existencia del IPHAN, tiene por objetivos promover el patrimonio arqueológico en Amazonía, integrando discusiones que estimulen la creación de sugerencias y acciones para el desarrollo sostenible en la región, así como la viabilización de desarrollo de proyectos de conservación y de protección para los bienes arqueológicos. Para contactos dirigirse a: [divtec.lsr@iphan.gov.br](mailto:divtec.lsr@iphan.gov.br) y [lsr@iphan.gov.br](mailto:lsr@iphan.gov.br)

En Quito, el 27 de septiembre de 2007, a las 14h00, en el Salón de los Escudos del INPC, se llevará a cabo el Primer Conversatorio sobre “Métodos y técnicas aplicados a la investigación de material arqueológico”, organizado por el Laboratorio de Química del INPC.

## NOTICIAS FRESCAS

### Por fin algo de imaginación en Irak

Si los primeros naipes que los EE.UU. enviaron a Irak, fueron para encontrar a Saddam Hussein y sus criminales funcionarios, los recientes que se están enviando parece que ayudarán a proteger los sitios arqueoló-

gicos de esta destruida nación. El Departamento de Defensa ha enviado 40.000 naipes a sus tropas de Irak y Afganistán con reproducciones de sitios y objetos importantes que deben ser protegidos para la posteridad. Los soldados no pueden llevar a su casa artefactos prehistóricos, ni dañar o destruir sitios arqueológicos, como en aquel incidente bien conocido en que construyeron un helipuerto sobre las ruinas de Babilonia y se protegieron con bolsas de tierra llenas de artefactos de la legendaria ciudad. Cada carta lleva alguna leyenda relativa a la conservación de la cultura material mesopotámica, incluyendo consejos prácticos como el de no conducir vehículos sobre las ruinas, sino alrededor de ellas. En un programa de objetivo similar, los pilotos estadounidenses han recibido entrenamiento para reconocer e identificar ruinas arqueológicas y otros sitios, a fin de no bombardearlos; y los soldados de tierra hacen simulacros sobre qué hacer si reciben fuego enemigo desde un sitio arqueológico, sin descartar, por supuesto, la posibilidad de retornar el fuego sin dañar el sitio (Associated Press, junio 18, 2007).

### Pechugas polinesias

Hasta ahora hemos sabido que los pollos no son precolombinos, y que vinieron mas bien con los españoles. Sin embargo, hallazgos recientes sugieren que los polinesios los habrían traído a la costa Oeste de Sudamérica. La información proviene del análisis de restos óseos de 5 aves descubiertas en un sitio mapuche llamado El Arenal-1 (Península de Arauco, Chile), y datadas entre 1321-1407 A.D. Según un informe publicado en "Proceedings of the National Academy of Sciences", las arqueólogas Alice Storey y Matisoo-Smith han determinado que la secuencia del ADN de los pollos mapuches, es idéntica a la de congéneres similares encontrados en sitios arqueológicos de las islas

polinesias de Tonga, y la estadounidense de Samoa (Eric A. Powell, Archaeological Institute of América, 2007). Vaya sorpresita. Si en el futuro próximo siguen apareciendo en Sudamérica pollos polinesios habrá que volver a leer a Thor Heyerdhal y Paul Rivet que, hace más de 50 años, presentaron un cuadro completo de las influencias polinesias en el continente americano y viceversa, sugiriendo inclusive viajes transpacíficos en ambas direcciones

### Qué dirán los franceses...

Y hablando de comida, bien vale traer a la mesa la noticia de que los antiguos checos comieron hace 5000 años ancas de rana, una *gourmandise* asociada mas bien con los franceses. En una colina fortificada, ubicada al este de Praga, los arqueólogos del Instituto de Arqueología de la República Checa han descubierto cientos de patas traseras de rana macho, que han sido consumidas tradicionalmente por tener más carne que las delanteras. El hallazgo indicaría que los anfibios eran sistemáticamente capturados en ciertas épocas del año, particularmente la del apareamiento (marzo o abril) cuando estos anfibios se reúnen en gran cantidad y pueden ser fácilmente recogidos. Queda aún por determinarse cuán común era esta actividad en las antiguas culturas checas para ver si los franceses son destronados de su apodo de "mangeurs de grenouilles", que los ingleses los endilgaban desde el siglo XIII (Roger Dobson, The Independent, junio 2007).

### Identificada la momia de Hatshepsut

Bajo la dirección del Dr. Zahi Hawass, Secretario General del Consejo de Antigüedades de Egipto, expertos forenses y arqueólogos lograron identificar, entre varias momias, la perteneciente a la reina de la dinastía XVIII (Nuevo Imperio), que gobernó el país

entre 1473-1458 a. C. Una de las pocas mujeres que ocuparon el trono egipcio, Hatshepsut, vestida de hombre, habría usurpado el cargo a su hijastro y se habría declarado faraona. Su reinado fue próspero, como lo muestra su autobiografía esculpida en las paredes de su templo Djeser-Djeseru, incluyendo su legendaria jornada a la Tierra de Punt (actual Eritrea o Somalia). Este templo forma parte del gran complejo llamado Deir el Bahri, ubicado en la orilla oeste del Nilo justo a la entrada del Valle de los Reyes, cuya excavación y restauración fueron llevadas a cabo desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. La identificación de la momia fue realizada con tomografía computarizada para relacionar sus rasgos físicos con los de varios de sus antepasados conocidos. La clave final la dio un diente que se encontraba en una canopa que llevaba inscrito su nombre, y que calzaba perfectamente con un molar superior de una de las dos momias "finalistas" del proceso de eliminación. Hatshepsut fue sucedida por su sobrino o su hijastro (acaso el perjudicado?) Tutmosis III, quien ordenó que se borrarán su nombre e imagen de todo el complejo monumental (Discovery News y about.com, julio 2007).

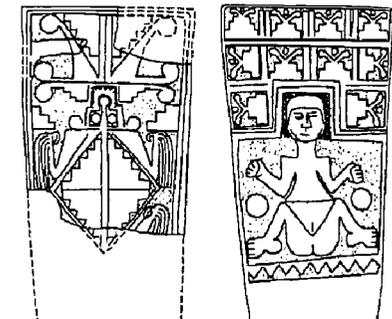
### Decapitación y renacimiento

Es la paradójica relación que Christina A. Conlee (Texas State University) encuentra en la excavación de un cuerpo decapitado nazca en el sitio La Tiza (costa sur de Perú). El arte nazca (1-750 A.D) está lleno de representaciones de cabezas decapitadas, aunque el registro arqueológico de "cabezas trofeos" es aún bastante escaso. De ahí que la investigación de Conlee, publicada en *Current Anthropology*, puede aportar con importante información sobre esta práctica. El análisis de huellas de cortes en el esqueleto de La Tiza indica que la decapitación ocurrió al tiempo de la muerte del individuo, en el contexto de

batallas rituales antes de la siembra de papas. El desangre de la decapitación habría sido un elemento necesario del ritual para nutrir a la tierra y propiciar una buena cosecha, asegurando así la continuación de la vida y el renacimiento de la comunidad (Christina A. Conlee, Decapitation and Rebirth: A Headless Burial from Nasca, Peru. *Current Anthropology* 48:3).

## CULTURAS PRECOLOMBINAS

2



### LA CULTURA MANTEÑA

**Ernesto Salazar**

La cultura manteña (800-1530 AD) se estableció en la costa ecuatoriana, en el sur de la provincia de Manabí, extendiéndose a Guayas y la isla de Puná, en una variante conocida como cultura Huancavilca. En general, el paisaje consiste de franjas áridas de costa, intercaladas de franjas húmedas, con cerros de clima más tropical, hacia el Este. Siendo pueblos navegantes, es casi previsible que el patrón de asentamiento de los manteños haya sido junto al mar. De hecho, sólo en los sec-

tores de Manta y Salango, se nota una apreciable penetración en el hinterland costero, donde aprovecharon de su topografía montuosa para instalar sus centros principales, como son los casos de Cerro de Hojas y Cerro Jaboncillo, de no más de 200 m. de altura sobre el mar. La cultura manteña fue descubierta, a comienzos del siglo XX, por Marshall Saville quien produjo su monumental "Antiquities of Manabi", con amplia descripción de la cultura material, principalmente de los sitios ubicados en los cerros mencionados. Posteriormente, en 1917 y 1923, Jijón y Caamaño llevó a cabo excavaciones sistemáticas en la misma zona, sin lograr publicar los resultados de las mismas. Aun así, logró formular por primera vez, los elementos constitutivos de la cultura arqueológica manteña en su *Antropología Prehispánica del Ecuador*, incluyendo la posibilidad de la existencia de una cultura similar en la provincia del Guayas. En la década de 1950, Bushnell, Stirling, y Estrada realizaron independientemente nuevas investigaciones, sobre todo en la cuenca del Guayas, siendo Estrada quien formularía la existencia de los manteños del sur o Huancaivilcas, bastante afines con sus vecinos del norte, aunque con la salvedad de que no trabajaban la piedra. Finalmente, en la década de 1980, la zona de Agua Blanca fue investigada por Colin McEwan, cuya valiosa contribución se centró en el rol de las sillas de piedra, estelas y otras figuras antropomórficas y zoomórficas en la creación del orden social en los Andes, así como en la cosmogonía manteña y la organización social derivadas del patrón de asentamiento.

Dado que los manteños fueron los primeros indios del actual Ecuador en encontrarse frente a frente con los europeos, hay información en documentos y crónicas sobre sus costumbres, al tiempo del contacto, y aun sobre acontecimientos previos, como los in-

tentos de los incas por conquistar su territorio. Sabemos que los manteños vivían en poblados dispersos por tierras bajas y altas. Samano-Xerez (1527) y Cieza de León (1553) dan listas independientes, pero que coinciden parcialmente, de una docena de pueblos, muchos de los cuales no han podido ser identificados (i.e. Pasaos, Xaramixo, Pimpanguace, Peclansemque, Peconce, Apechingue, etc., y por supuesto Jocay). Jocay, hoy bajo la moderna ciudad de Manta, es la gran ciudad manteña precolombina, que según Benzoni (1550), habría tenido más de 20.000 habitantes, de los cuales encontró solamente 50, cuando la visitó. El único arqueólogo que logró ver las ruinas de la ciudad fue Marshall Saville (1907), quien señala la existencia de restos de "cientos" de casas y muchos montículos (probablemente tumbas) dispersos por toda partes (Jijón y Caamaño, que también la visitó, sólo pudo ver montones de huesos humanos apilados selectivamente, por cráneos, mandíbulas o piernas). Por cierto, las casas arqueológicas (llamadas localmente "corrales") estaban reducidas a su mínima expresión: piedras acumuladas, a nivel de cimientos, cerrando un espacio rectangular de dimensiones variadas, entre 5 x 6 m. para una casa pequeña de un solo cuarto y 57 x 11 m. para una grande, que podía albergar hasta siete cuartos. El ancho de las paredes era variable, generalmente en torno a 1 m. Generaciones de manteños modernos usaron la antigua ciudad como cantera, contribuyendo así a su destrucción y obliteración total. En los cerros Jaboncillo, de Hojas y otros sitios, la situación no es mejor, de manera que se ha vuelto casi imposible determinar los rasgos de la arquitectura manteña precolombina. Afortunadamente, en el valle de Buenavista, donde se encuentra la comuna de Agua Blanca, Colín McEwan logró encontrar asentamientos manteños en mejores condiciones, con enormes muros colapsados pero que permiten avizorar

detalles arquitectónicos y sobre todo cuestiones relativas a la jerarquía de los asentamientos. Los cimientos de Buenavista muestran edificios en grupos de hasta 40 estructuras, con alineamientos escogidos a propósito, de acuerdo con los solsticios y los equinoccios.

El elemento clave de la jerarquía es la conocida silla manteña de piedra, tan peculiar por su forma en U, sobre figuras humanas o de puma (entre otras) agachadas, en posición de sumisión (se estima que las sillas con figuras humanas eran las de los señores, y las de figuras de felino, de los sacerdotes). Este rasgo cultural es parte de una larga tradición arqueológica y etnográfica del uso de asientos de shamán en el Area Intermedia. Asociadas generalmente con arquitectura pública en la zona de Cerro Jaboncillo, las sillas en U parecen definir, por su mera presencia, el núcleo de la cultura manteña precolombina. No sorprende entonces que el hallazgo de sillas en Agua Blanca, haya llevado a McEwan a proponer que esta localidad era otro centro manteño de considerable poder político y religioso en el valle de Buenavista.

Otros elementos líticos de gran importancia simbólica son las estelas (1-1.5 m. de altura) que, junto con las sillas, han sido objeto de un profundo análisis iconográfico por parte de McEwan. Las estelas constan de un motivo principal, rodeado de pequeños motivos secundarios, que permiten una interpretación iconográfica de amplio espectro. Las más conocidas son las que presentan una mujer desnuda en cuclillas, revelando sus genitales. Conocida como la *mujer desplegada* o la *mujer heráldica*, esta figura está asociada con el parto (diosa madre), o con las jóvenes diosas de la fertilidad y la concepción; pero sus motivos adicionales permiten asociarla con el dominio de lo terrestre. En contraste, la llamada *Figura de pie* estaría

asociada con el cielo. Otras iconografías incluyen el *Ser Compuesto* o *Combinado*, asociado con los dominios subterráneos, y una más abstracta, llamada *Orbe y Creciente* u *Orbe y Media Luna*, asociada con la esfera celeste. Otras figuras líticas muestran animales individuales, como lagartijas, monos, y hasta cabezas de felinos, además de esculturas de hombres desnudos.

La cerámica manteña es generalmente negra pulida, con decoraciones pre- y post-cocción en motivos variados, como líneas verticales, campos reticulados, volutas, etc.; a veces con representaciones de caras humanas (mascarones) en el cuello de las botellas o en el cuerpo de las computeras. Las figurinas, tanto de hombres como de mujeres, son hechas en molde, a veces con tocados en la cabeza, pero poco adorno corporal. A menudo replican la estatuaria de piedra, o sugieren sus motivos, como es el caso de los mal llamados "incensarios", que muestran figuras masculinas de jóvenes sobre un asiento, al parecer de madera. En algunas figurinas, los hombres, generalmente viejos, están representados consumiendo coca. Muy comunes en la cultura material manteña son los torteros con hermosos diseños de personajes míticos y animales muy bien ejecutados.

Aunque el comercio y la navegación han sido señalados como los renglones principales de la economía manteña, poco esfuerzo se ha hecho en tratar de discernir las bases socio-políticas que sustentaban el comercio de la sociedad manteña. En todo caso, María Silva ha enfatizado que la subsistencia tenía como base una combinación de pesca y agricultura. Cieza de León reporta que en la región de Manta se daba mucho maíz, así como yuca, camote, y otras raíces, además de frutas como la guayaba, el aguacate, la tuna, el melón, la piña y el ají, a lo que sin duda contri-

buía la fertilidad de la región. En contraste, el habitat relativamente árido de los Huancavilcas, exigió la instalación de tecnología agrícola apropiada, como el uso de albarradas, campos elevados y terrazas. No se descarta que la pesca y el comercio hayan sido también importantes renglones en la economía huancavilca. La construcción de pozos de agua dulce ha sido reportada para ambos grupos manteños.

La destreza de los manteños en la navegación causó gran impresión entre los primeros europeos que reportaron sobre ella. Los manteños no usaban canoas sino balsas equipadas con vela, capaces de llevar grandes cantidades de artículos de comercio, así como de viajeros y tripulantes. Por ejemplo, la balsa encontrada por Bartolomé Ruiz llevaba 20 hombres y 30 toneladas de mercancía (Newson 1995). Si el contenido de una sola balsa puede dar alguna visión de la envergadura del comercio, la balsa de "Ruiz" llevaba ornamentos de oro y plata (coronas, diademas, cintos, cascabeles, espejos, etc.), mantas de lana y algodón, camisas, sargas de cuentas de esmeraldas, calcedonia y cristal de roca, vasijas de cerámica, y hasta una balanza para pesar mercancías. Y lo más sobresaliente: grandes cantidades de mullo (*Spondylus*), el más importante ítem de comercio de la costa del Noroeste de América del Sur (Relación Samano Xerez 1525-27). Jijón y Caamaño (1941, 2:387ss) señala que, a lo largo de la costa ecuatoriana, había tráfico comercial generalizado, al tiempo de la conquista, y que ciertas poblaciones formaban una unidad política, a la que denominó liga o confederación de mercaderes.

Al presente se han identificado tres importantes señoríos manteños: *Jocay* con sus pueblos de Jocay mismo, Jaramijó, Camilloa y Cama; *Picoazá* con su pueblo homónimo,

además de Tohalla, Misbay y Solongo; y *Salangome*, con su pueblo homónimo, Tuxco, Sercapez, y Salango. Según María Silva, rasgos de dualidad y cuatripartición son evidentes en los señoríos manteños. Los señores eran generalmente polígamos y se enterraban con sus esposas favoritas, comida, armas y otros objetos preciosos. Los ritos más relevantes de la comunidad tenían lugar con ocasión de los solsticios, utilizando para ellos el elemento más simbólico de la iconografía manteña: la silla de piedra.

Los señoríos manteños desaparecieron en silencio. McEwan ha señalado que el colapso de las instituciones políticas y sociales de esta cultura pasó grandemente desapercibido. Los habitantes de la costa no solo huyeron hacia el interior, sino que fueron también víctimas de las epidemias occidentales, situación agravada más aún con el sistema de reducciones establecido por los españoles en el siglo XVII. De la cultura material ha sobrevivido muy poco como para rastrear adecuadamente la ubicación, el tamaño y la distribución espacial de los pueblos manteños. Finalmente, los asentamientos modernos se erigieron sobre los antiguos pueblos, los montículos fueron nivelados, las terrazas destruidas, y los corrales usados como canteras públicas.

Marshall Saville, 1907-1910, *The Antiquities of Manabí, Ecuador*, 2 vols., The George G. Heye Expedition, New York. Jacinto Jijón y Caamaño, 1940-45, *El Ecuador interandino y occidental antes de la conquista española*, 4 vols., Editorial Ecuatoriana, Quito. Jacinto Jijón y Caamaño, 1952, *Antropología Prehispánica del Ecuador*, Editorial Prensa Católica, Quito. G. H. S. Bushnell, 1951, *The Archaeology of the Santa Elena Peninsula in South-west Ecuador*, Cambridge University Press. Emilio Estrada, 1957, *Los Huancavilcas. Últimas civilizaciones pre-históricas de*

*la Costa del Guayas*, Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas, vol. 3, Guayaquil. Emilio Estrada, 1957, *Prehistoria de Manabí*, Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas, v. 4, Guayaquil. Colin McEwan, 2004, *And the sun sits in his seat. Creating social order in Andean culture*, ProQuest Information and Learning, Ann Arbor. Linda A. Newson, 1995, *Life and death in Early Colonial Ecuador*, University of Oklahoma Press, Norman.



#### CIRCULANDO . . . .

Atwood, Roger, 2004, *Stealing History. Tomb raiders, smugglers, and the looting of the Ancient world*. St. Martin's Press, New York.

Burger, Richard L., y Lucy C. Salazar, eds., 2004, *Machu Picchu. Unveiling the mystery of the Incas*, Yale University Press, New Haven.

Campillo, Demenec, 2004, *Antropología física para arqueólogos*, Editorial Ariel, Barcelona.

Eiroa, Jorge Juan, 2006, *Nociones de prehistoria general*, Editorial Ariel, Barcelona.

Freeman, Michael, 2004, *Victorians and the prehistoric. Tracks to a lost world*. Yale University Press, New Haven.

Fagan, Brian, 2004, *The long summer. How climate changed civilization*. Basic Books, New York.

Fagan, Brian M., ed., 2004, *The seventy great inventions of the Ancient World*. Thames & Hudson, Londres.

Jones, Andrew, y Gavin McGregor, 2002, *Colouring the past. The significance of colour in archaeological research*, Berg Publishers, Oxford.

Julien, Catherine J., 2004, *Hatunqolla. Una perspectiva sobre el imperio incaico desde la región del lago Titicaca*, Colegio de Historiadores de Bolivia, UMSA, Producciones CIMA Editores, La Paz.

Laughlin, John C. H., 2003, *La arqueología y la Biblia*, Editorial Crítica, Barcelona.

Mannoni, Tiziano y Enrico Giannichedda, 2007, *Arqueología: materias, objetos, producciones*. Editorial Ariel, Barcelona.

McEwan, Colin; Cristiana Barreto; y Eduardo Neves, eds., 2001, *Unknown Amazon. Culture in nature in ancient Brazil*, The British Museum Press, Londres.

Money, Mary, 2004, *Oro y plata en los Andes*. Significado en los diccionarios de aymara y quechua, siglo XVI-XVII. Colegio de Historiadores de Bolivia, UMSA, Producciones CIMA Editores, La Paz.

Moore, Jerry D., 2005, *Cultural landscapes in the Ancient Andes. Archaeologies of place*. University of Florida Press, Gainesville.

Osgood, Richard, 2005, *The unknown warrior. An archaeology of the common soldier*. Sutton Publishing, Thrupp.

Pellegrino, Charles, 2004, *Ghosts of Vesuvius*, HarperCollins, New York.

Reinhard, Johan, 2005, *The ice maiden. Inca mummies, mountain gods, and sacred sites in the Andes*. National Geographic.

Yoffee, Norman, 2005, *Myths of the archaic state. Evolution of the earliest cities, states, and civilizations*. Cambridge University Press Cambridge.

Webster, David, 2003, *La caída del imperio maya*, Ediciones Destino, Barcelona.

Están circulando también la *Revista de Estudiantes de Arqueología* de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, que va ya por el número 3, y *Tukuy Rikuq, Boletín Informativo ocasional de Arqueología*, del Grupo Kuntur de Perú, que va por el número 4.

### **Collier y Murra (1943), otra vez en español**

Luego de que circular, por más de 25 años, una traducción poco técnica del *Survey and Excavations in Southern Ecuador* (Collier y Murra 1943, Field Museum of Natural History, Chicago), la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, acaba de publicar *Reconocimiento y Excavaciones en el Austro Ecuatoriano* (marzo 2007), una nueva traducción (aparentemente bendecida por el mismo J. Murra) con las pertinentes ilustraciones del original. El traductor es el Dr. Benigno Malo, quien de paso es compilador de la publicación (pp. 465+), por haber incluido en ella, a

manera de apéndices, cinco contribuciones recientes de conocidos especialistas: El territorio austral durante el Formativo tardío: una tentativa de reordenamiento espacial a partir de la Arqueología (Dominique Gomis Santini); Cerro Narrío, Pirincay y el Formativo (Karen Olsen Bruhns); El tráfico de mullo en la Costa del Pacífico (John V. Murra); Primeras dataciones de radiocarbono en el austro ecuatoriano obtenidas por la expedición del Museo Británico (E. M. Carmichael); El Formativo temprano y medio en Zamora Chinchipe (Francisco Valdez).

---

### **Rectificación**

En nuestro número 8 (noviembre 2006), publiqué un artículo titulado "Ecuador desde el Catequilla", en el que critico el trabajo del arqueoastrónomo Cristóbal Cobo, señalando entre otras cosas, que él ha adquirido el sitio Catequilla (Mitad del Mundo). El mencionado investigador ha protestado enérgicamente, por cuanto nunca ha sido propietario del lugar. En consecuencia, informo a los lectores sobre el particular, presentando al afectado mis disculpas por este error, fruto sólo de rumores no comprobados adecuadamente. ES

### **Donación**

El Laboratorio de Arqueología agradece a la Lcda. Lupe Cruz D'Howitt la donación de un set de TV y DVD player para uso de los estudiantes de Arqueología.

**Visite nuestro sitio web de arqueología  
ecuatoriana <[arqueo-ecuatoriana.ec](http://arqueo-ecuatoriana.ec)>**